

AUSTRALIA
La isla feliz

SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12

TURISMO/12

DOMINGO 18 DE ABRIL DE 1999

FORMOSA
Excursión al río Pilcomayo

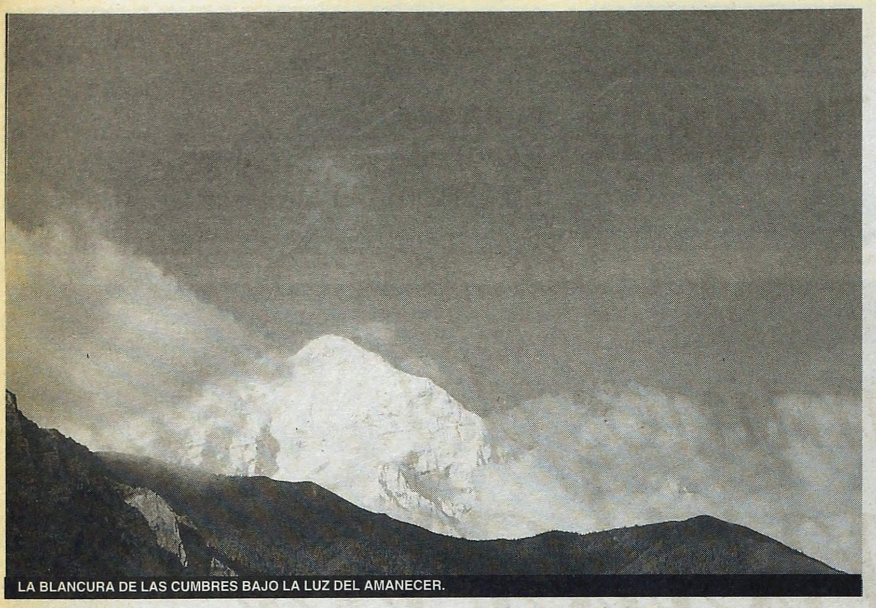


Caminos del Himalaya

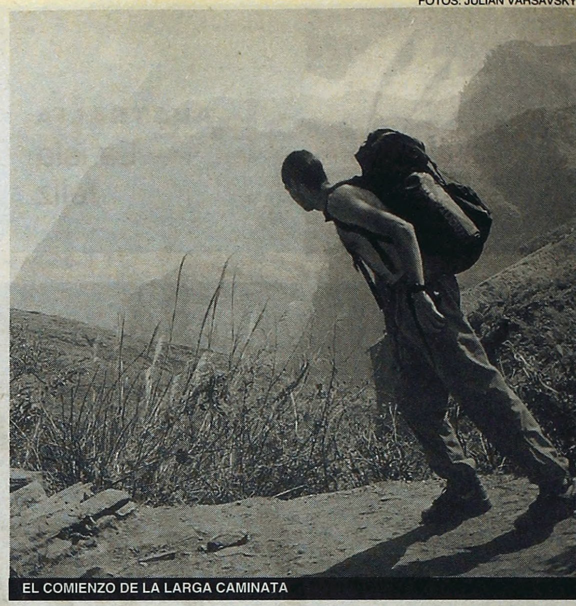


UN TREKKING DE VARIOS DÍAS POR LA LEGENDARIA CADENA MONTAÑOSA DE NEPAL. PICOS NEVADOS DE 8000 METROS, GIGANTESCOS CAÑONES Y ALDEAS MEDIEVALES HABITADAS POR ANCESTRALES GRUPOS ÉTNICOS.

FOTOS: JULIAN VARSAVSKY



LA BLANCURA DE LAS CUMBRES BAJO LA LUZ DEL AMANECER.



EL COMIENZO DE LA LARGA CAMINATA

Por Julián Varsavsky

NEPAL: CRONICA DE UN TREKKING EN EL HIMALAYA

Por los techos del mundo

Una caminata de varios días por la legendaria cadena montañosa entre algunos de los paisajes más espectaculares del mundo. Nieves eternas en picos de 8000 metros, gigantescos cañones y aldeas de aspecto medieval habitadas por ancestrales grupos étnicos. Una experiencia cultural inigualable.

El desayuno transcurre al aire libre, en la terraza de una posada en la aldea de Marpha, a 2700 metros de altura. La silla de mimbre cruje mientras me acomodo para ver pasar a los pobladores entre las casas blancas construidas con rústicos bloques de piedra. Pero lo verdaderamente impactante de la escena es el marco: en un círculo casi perfecto, me rodean 10 picos nevados de 5000 metros. Forman un gran anfiteatro blanco que parece erigido para que los dioses se posen en sus gradas, y yo estoy sentado exactamente en el centro, saboreando una exquisita tarta de manzana acompañada de un dulzón licor de durazno.

Nepal es un destino dorado para los viajeros que quieren itinerarios más agrestes para recorrerlos en largas caminatas. Sin embargo, no es Katmandú –su capital– el mejor lugar para emprender un trekking sino la ciudad de Pokara, a sólo una hora de avión. Ubicada frente al lago Phewa, en cuyas aguas se reflejan las cumbres nevadas del Himalaya, Pokara es el punto de partida para recorrer la región del Anapurna, donde están nueve de los picos más altos del mundo.

Bajo el débil resplandor del alba, partimos con el guía en taxi rumbo al poblado de Ulleri, donde dará comienzo el trekking. Durante el primer día de travesía el ritmo es agotador. Subimos por senderos rocosos en la ladera de la montaña ante la mirada curiosa de unos monitos. Al fondo de los precipicios se ven hilos de agua que nacen en las altas cumbres. Avanzamos lentamente durante 8 horas a través de caminos muy seguros, flanqueados por una tupida vegetación subtropical. Til, el guía sherpa, insistía en cargar mi pesada mochila. "Sos mi guía, no un animal de carga", le respondí, y se rió de mí. Una hora después tuve que rogarle que portara mi equipaje ya que los efectos de la altitud habían consumido mis energías. La primera jornada nos dejó exhaustos y con el cuerpo dolorido, pero en el poblado de Tatopani nos esperaban las humeantes aguas termales de unos piletones naturales formados en la roca.

Una explosión de blancura

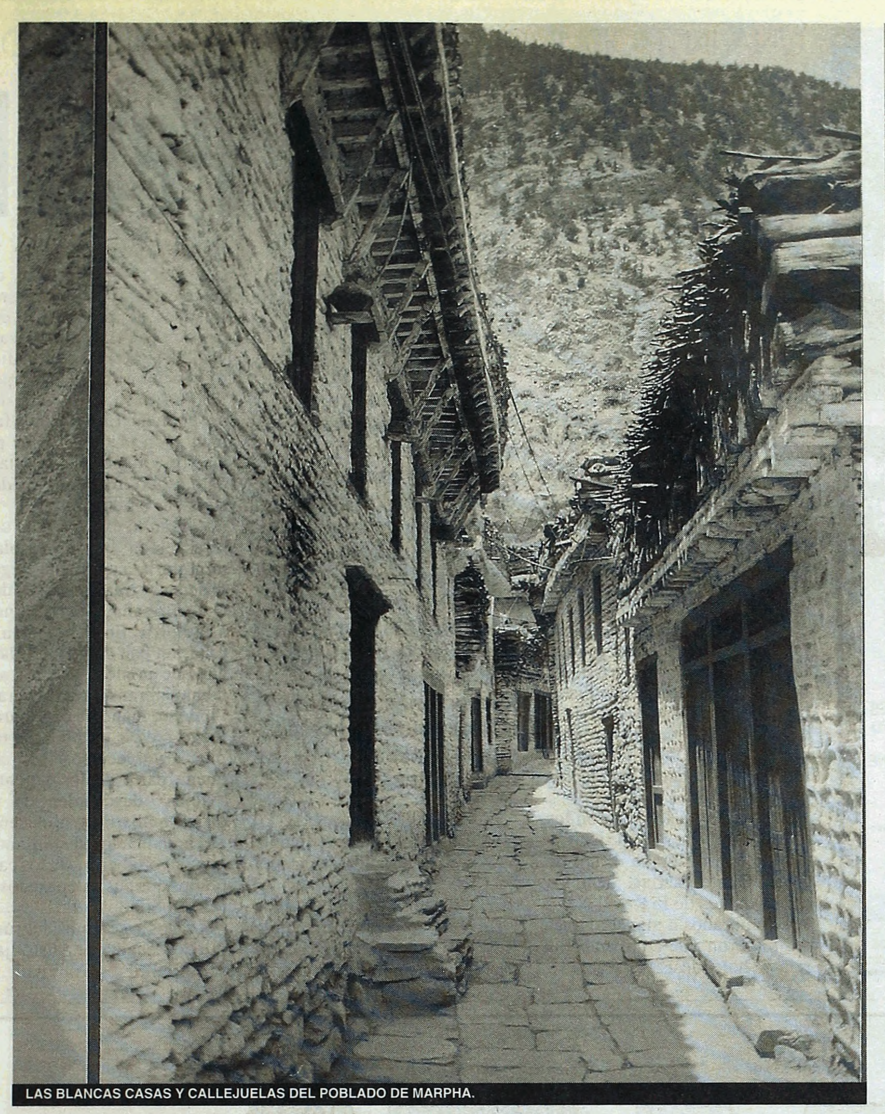
La segunda jornada comienza antes del amanecer. Ya casi no ascendemos más, y avanzamos sin esfuerzo por los mágicos senderos de las montañas. Al llegar a los altos de una colina, sentimos súbitamente la primera luz del sol sobre nuestras espaldas. Pero el verdadero espectáculo estaba comenzando frente a nosotros: el destello de luz chocó de lleno contra un pico nevado. Nos detuvimos encandilados por aquella explosión de blancura. La montaña pareció encenderse de golpe, como resultado de una orden superior, y empezó a irradiar una luz blanca como nunca antes había visto. Sol y montaña estaban sumidos en una competencia de brillo.

> ***A través de un puente colgante sobre un caudaloso río, ingresamos en un bosque de manzanos. Las mujeres cosechan frutas sin apuro, arropadas con túnicas rojizas y con la cabeza cubierta por largos pañuelos.***

A partir de ese momento, las montañas cubiertas por un manto de nieve son incontables. En el camino, el tintineo de unas campanitas nos advierte que se acerca una tropilla de burros. La dirige un hombre que nos saluda ruidosamente: "Namasté" (saludo al dios que hay en ti), dice alargando la "e" con suavidad. Los burros son el único transporte de carga entre los pueblos del Himalaya; tan aislados de la civilización moderna que muchos no tienen luz eléctrica. En la lejanía, un cortito llano al pie de las montañas también parece nevado. Pero son las casas blancas del poblado de Marpha. A través de un puente colgante sobre un caudaloso río ingresamos en un bosque de manzanos. Las mujeres cosechan frutas sin apuro, arropadas con túnicas rojizas y con la cabeza cubierta por largos pañuelos. Pertenecen a la etnia thakalis, devotos de una hermética secta budista llamada ningmapa, que sólo existe en Marpha. En lo alto de una colina se ven varios estandartes con inscripciones en sánscrito dispuestos frente a las paredes rojizas del templo comunal de meditación.

En el silencio de las montañas

A partir del tercer día la vegetación comienza a declinar.



LAS BLANCAS CASAS Y CALLEJUELAS DEL POBLADO DE MARPHA.



EL TEMPLO BUDISTA DE MUKTINAT.

Mientras más alto llegamos, más pequeños son los árboles. Vamos rumbo a Jomsom, el pueblo principal de esta parte del Himalaya; un lugar con gran variedad de posadas y restaurantes tibetanos. En el camino pasamos por un cuartel de soldados gurkas, quienes practican frenéticos ejercicios entre las montañas al ritmo de los gongs y los tambores. Pero mucho más interesantes resultaron ser los músicos tibetanos que se reunieron por la noche a tocar sus canciones en una posada de Jomsom. Se acompañaban con diversos tamborcillos mientras entonaban con devoción unas melodiosas canciones religiosas.

El último día del trekking dejé mochila y guía en Jomsom y me lancé sólo a recorrer el trecho hasta Muktinat, uno de los paisajes más deslumbrantes del viaje. Voy a través del curso de un río seco de 400 metros de ancho, caminando sobre millares de piedras redondas de diversos colores que serían un festín para cualquier geólogo. Cada tanto debo sortear hilos de agua que en épocas de lluvia se convierten en violentos raudales. Pero ya es momento de abandonar el curso del río: a los costados empiezan a elevarse las paredes arenosas de un gran cañón del que sería imposible salir. El camino continúa bordeando el cañón, el cual se hace cada vez más profundo, hasta superar los 100 metros. Por mirar el paisaje no había notado que el suelo que pisaba estaba lleno de caracoles marinos fosilizados, que delatan la presencia del mar en esta zona, millones de años atrás. En todo el trayecto me crucé solamente con una anciana que bajaba por las montañas a lomo de burro y llevaba unos pesados aros de oro en la nariz.

> ***El aire que se respira es fresco como un caudal de agua, y la palabra contaminación carece de significado. En el Himalaya las alturas parecen inalcanzables, y el espacio es inconmensurable.***

A 3800 metros de altura ya no hay más árboles. Estoy totalmente solo en medio de valles extraordinariamente amplios y colosales montañas desnudas de vegetación. El aire que se respira es fresco como un caudal de agua, y la palabra contaminación carece de significado. En el Himalaya las alturas parecen inalcanzables, y el espacio es inconmensurable. Perdemos toda noción del tamaño de lo que nos rodea, y la visión se adapta a una nueva concepción del espacio: una montaña de 5000 metros parece un cerro al lado de otra de 9000.

En los valles montañosos los ojos se acostumbran a observar panoramas infinitos. La grandeza de los altos montes invade nuestros cuerpos. Caminar por estas montañas es como ir a los saltos por los techos del mundo, el cual ha quedado muy abajo, con su eterna cotidianidad. El tiempo parece no transcurrir en este lugar, donde todo permanece inmóvil y reina un silencio sublime. En medio de este ambiente arcaico y desértico, no hay un solo rasgo que denote que la tierra está habitada.

La rueda de la vida

Finalmente llego a Muktinat, un pueblito tibetano en medio de un valle, donde es posible imaginar la vida en épocas remotas: casas de piedra con leña acumulada en los techos, corrales también de piedra, e imágenes budistas por doquier. Pequeños canales con agua bajan de las montañas y surcan las callejuelas de tierra. Un grupo de mujeres con el rostro ajado por el viento circula lentamente alrededor de un templo budista haciendo girar la "rueda de la vida". En el recinto interior está la misteriosa "piedra ardiente", de la cual emana una llama azul originada de una filtración de gas natural. Millares de peregrinos se acercan en procesión por las montañas hasta este santuario cada mes de agosto; un rito que, según se dice, se repite desde hace 2000 años.

Al día siguiente me reencontré con el guía en Jomsom para tomar la avioneta de regreso a Pokara. Volamos entre cimas blancas, casi rozando las laderas montañosas. En sólo 20 minutos desandamos el camino que nos había llevado cinco jornadas. Aterrizamos en Pokara con la seguridad de haber estado, por unos días, a las puertas del cielo; pero con pasaje de regreso.

Datos útiles

Cómo llegar: A Katmandú se llega vía Bangkok. El pasaje cuesta alrededor de 1650 dólares por South African Airways (precio de agencia de viajes). La visa se gestiona en el aeropuerto y hay que llevar fotos. El pasaje a Pokara cuesta 50 dólares y se consigue con facilidad.

Cuándo ir: La época más recomendable es el otoño (entre setiembre y noviembre), y en segundo lugar durante la primavera (de febrero a mayo).

Cómo conseguir el guía: En Pokara hay infinidad de agencias de trekking. Pero los guías también se ofrecen por las calles de manera independiente, por un precio mucho menor (4 dólares por día). Una estrategia recomendable es consultar a los turistas en la calle. Si ya han realizado el trekking, seguramente tendrán a alguien para recomendarnos. Los guías y todo aquel que trabaja en contacto con el turismo hablan un inglés elemental.

E-mail de agencia de trekking: info@trekteam.mos.com.np Se debe gestionar un permiso de trekking por 10 dólares. Los hoteles suelen ocuparse de esto. Llevar fotos.

Dónde alojarse: En Pokara hay posadas modestas pero limpias desde un dólar en adelante. Están todas frente al lago, junto a los hoteles de categoría. Una posada con atención inmejorable es Shambala Guest House (Lakeside-Pokara 6) Precio:1 dólar por noche. Tel/fax:(operadora)-61-21035
Durante el trekking, los guías conocen cuáles son los mejores alojamientos. Las posadas son aceptables, y se necesita la bolsa de dormir porque no suele haber frazadas. Precio: alrededor de 3 dólares.

Qué ruta elegir: No hace falta ser un montañista para realizar este viaje. Cualquier persona con un estado físico razonable puede hacer un trekking sin mayor esfuerzo. La ruta relatada en este artículo es la más popular. Pero si se desea tocar la nieve, se puede seguir unos días más hasta el pueblo de Mustang, ubicado en el borde de la meseta tibetana. Muchos realizan el trekking completo a pie. Como al volver se recorren los mismos senderos, existe la opción de hacerlo por avión. De esta forma una caminata que requiere 10 días se puede hacer en cinco.

Qué comer: La cocina es mayormente tibetana: arroz con curry, pastas, pollo; todo muy bien sazonado. Las tartas de manzana del Himalaya tienen fama mundial. Durante todo el recorrido se consigue agua potable envasada.

Equipamiento: En Pokara hay una gran variedad de negocios donde se alquile el equipo completo por 3 dólares al día. Se necesita: campera y pantalón impermeable, mochila y bolsa de dormir.

Precaución: Si se realiza el trekking relatado en esta nota, difícilmente se sufra del Mal de Altura. Sólo se llega a 3800 metros, pero igual se recomienda llevar los medicamentos correspondientes (tabletas de Diamox). Los síntomas comunes son: mareos, respiración agitada, fuerte dolor de cabeza y vómitos. En tal caso hay que quedarse en cama y no subir más hasta que desaparezcan los problemas.


CAMELLOS, IMPORTADOS POR LOS INGLESES PARA NEGOCIAR LOS DESIERTOS CENTRALES.

UNA INTRODUCCION A AUSTRALIA, UN PAIS DE H

La isla que result

Por S.K.

Descubierta en el siglo XVIII, fascinó a todos por su increíble fauna y por sus espacios que parecían infinitos. Sus primeros colonos fueron presidiarios, exiliados a los antípodas y usados como mano de obra penal. Hoy es una nación igualitaria, soleada y alegre, volcada a un litoral interminable de playas y barreras de coral, a un *outback* de desiertos y formaciones rocosas. Y sus canguros y koalas siguen igual de fascinantes.

Australia no es apta para almidonados. Rígidos, formales, estirados pueden tener un serio shock de extrañeza en una tierra famosa por su igualitarismo, por haber creado un estilo confianzudo de buenos modales. El australiano llama a todos *mate*, vieja palabra traducible como *compañero* y que remite a marineros, paisanos irlandeses, soldados y trabajadores. Se nota la raíz británica en la cultura, pero falta la distancia. La isla feliz no tiene mucha paciencia con ceremonias complicadas y para entender por qué basta asomarse a su inmensidad, basta conocer su extraña historia colonial. El que desista de la sociedad humana no tiene más que alejarse de las ciudades. Lo espera más espacio del que es posible entender.

En el siglo XVIII llegaron los primeros reportes de una isla tan grande que resultaba difícil de creer. Gentes serias, ceñudos comandantes de la Royal Navy acostumbrados a mapear la nada, tuvieron que confirmar los relatos holandeses, españoles y franceses. Había un continente nuevo en el espacio vacío del Pacífico.

El naturalista Joseph Banks, influyente en la política y en la Royal Society, hogar de la ciencia más avanzada del momento, se enamoró de Australia, cuya costa oriental había explorado. Después de "botanizar" en lo que hoy es Victoria y Nueva Gales del Sur, Banks se dedicó a promocionar el destino imperial del territorio. Australia debía ser poblada. La alucinada fauna local, con una nutria que pone huevos y tiene pico y patas de pato (el ornitorrinco) ayudaron a vender la idea.

No resultó exactamente como se esperaba: la primera ola inmigratoria australiana llegó en cadenas, "transportada" desde Gran Bretaña como alternativa a la horca. En tiempos en que robar un pan significaba largos años de prisión, muchos aceptaban ser transportados para servir como mano de obra barata y luego recibir un poco de tierra para establecerse. Así como buena parte de los argentinos "viejos" descienden de gauchos, tamberos y almaceneros de campaña, los australianos de abolengo saben hasta los cargos por los que sus antepasados fueron deportados.

Para los argentinos, hay un par de coordenadas de Australia que son familiares: un país muy





ISTORIA TRAGICA Y PRESENTE ESTUPENDO

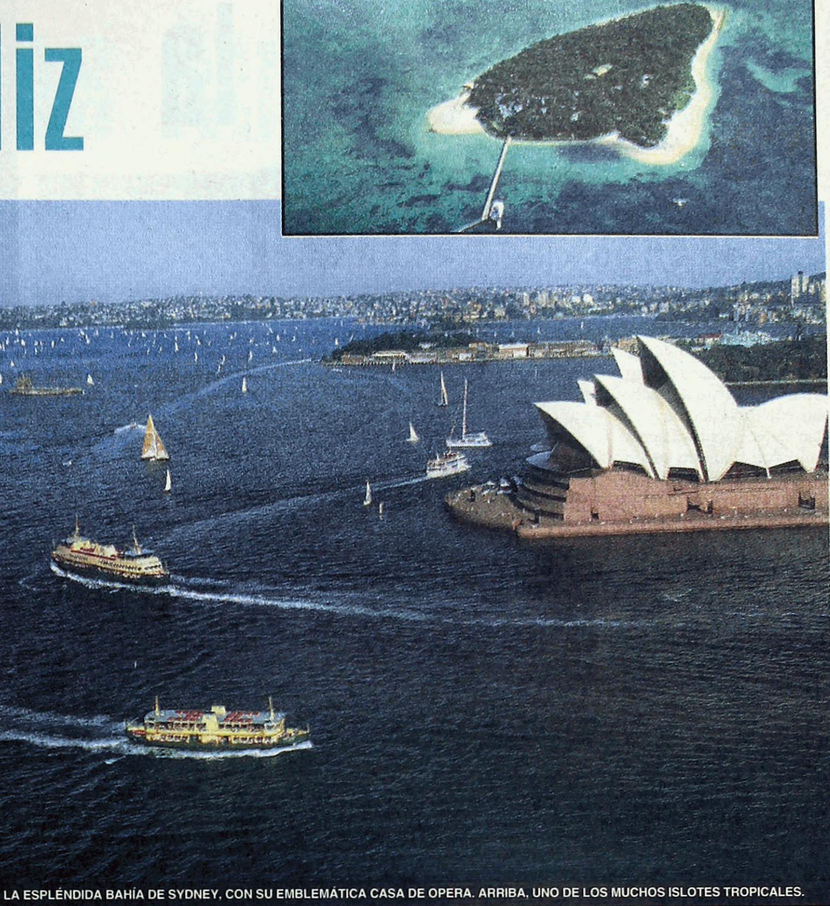
ó un país feliz

grande, con extensiones despobladas, algunas ciudades grandes y muchos pueblos, no demasiada gente, una economía industrial pero con una fuerte presencia agraria. Comedores de carne, productores de buenos vinos –Barossa, Coonawarra y los valles de Clare y McLaren, en el sur cercano a Adelaida, son zonas de una calidad insolente– los australianos ni piensan en manejar 400 kilómetros para un fin de semana. Es como si Mar del Plata también estuviera allá.

Claro, en lugar de vacas y carpinchos hay canguros, koalas y los camellos importados hace un siglo para navegar el desierto. La arquitectura es diferente, el mar es de un impecable azul, las formaciones rocosas asombran y los eucaliptos rescatan del extrañamiento total (todos los eucaliptos argentinos son hijos de los australianos que importó Sarmiento, un *fan* de esta isla).

Sydney es la puerta de entrada a la Australia moderna. La figura más conocida de la ciudad es su audaz ópera, de techos curvos sobre el Bennelong Point, junto a un puente y mirando al mar. Sobre esta costa de Nueva Gales del Sur comenzó el país y todavía se concentra la mayoría de la población. Desde esta ciudad de mercados de antigüedades, buenos restaurantes y arquitectura interesante se abren los recorridos del país: para el norte, pasando por Brisbane, la maravillosa costa que culmina en el mar del Coral, frente a la gran barrera de arrecifes. Para el oeste, Victoria, Australia del Sur, Australia del oeste, un recorrido que pasa por la capital, Canberra, Adelaida, Puerto Augusta y Perth, con un desvío a la isla de Tasmania, donde funcionó el penal de alta seguridad de Hobart.

Y si se sigue hacia el interior, el desierto: Alice Springs y la sobrenatural roca de Ayers, los nativos y el paisaje de las primeras películas místicas de Peter Weir. ¿Hay manera de evitar releer el libro de Bruce Chatwin sobre Australia? Es un relato de viaje que busca entender cómo los mitos aborígenes son mapas que se cantan, mitos de la creación que permiten navegar el territorio infinito sin perderse y sabiendo el origen y el dueño de cada cosa y cada rincón.



LA ESPLÉNDIDA BAHÍA DE SYDNEY, CON SU EMBLEMÁTICA CASA DE OPERA. ARRIBA, UNO DE LOS MUCHOS ISLOTES TROPICALES.

Año olímpico

Australia está concentrada en las Olimpíadas del año próximo, que tendrán lugar en Sydney entre el 15 de setiembre y el primer día de octubre del año 2000. A partir del 4 de mayo, los australianos comenzarán la cuenta regresiva de los 500 días hasta la inauguración de los Juegos. En mayo del año próximo comenzará la carrera mundial de postas para que la antorcha tradicional llegue al país-continente, y en agosto se inaugurará el festival de artes Harbour of Life.

La excitación que están causando los juegos no es exagerada. La sede estará a 14 kilómetros del centro de la ciudad, con un estadio para 110.000 personas sentadas que se inaugurará en junio de este año. En total, se venderán cinco millones de entradas para ver a los 10.200 atletas de 200 países que participarán. Australia espera un aluvión de 15.000 periodistas y una audiencia televisiva total de 3.500 millones de personas.

Para alojar a tanta gente, además de los hoteles existentes, se crearon dos modalidades. Una es la homestay, en la que el turista vive en una casa de familia. La otra, la homestead, es similar al sistema tradicional de bed and breakfast.

Para los visitantes olímpicos habrá una catarata de souvenirs: habrá que acostumbrarse a las mascotas olímpicas Olly (un pájaro), Syd (un ornitorrinco) y Millie (una puercoespín).

FOTOS: LAURA DE LA FUENTE

FORMOSA: PARQUE NACIONAL RIO PILCOMAYO

Pasarelas en la laguna Blanca

Por Jessica Garbarino

Una excursión por la laguna del parque Río Pilcomayo donde crece el huajó, hierba semiacuática que cubre las orillas. Carpinchos, diversas especies de aves y el aullido de los monos carayá acompañan la caminata por las pasarelas sobre el huajozal de esta región formoseña.



PINTORESCOS MUELLES SOBRE LA LAGUNA.

Con la luna llena los tablones de las pasarelas hacia la laguna Blanca del Parque Nacional formoseño Río Pilcomayo, se encienden de ese tono plateado que permite prescindir de las linternas. A los lados, dos muros infranqueables de huajó, de unos tres metros de altura, no dejan alternativa al rumbo de quien se aventura en ese espacio íntimo de la naturaleza. Los mosquitos no descansan ni entonces, entrada la noche. Y por entre las grietas del paredón vegetal se cuela el escándalo –a un volumen que la oscuridad exagera– de pájaros, insectos y batracios casi diminutos, alertas por la osadía del intruso.

En esas condiciones, la carrera de un carpincho hacia el agua es una explosión sonora. Cuando se recupera la calma, mientras el carpincho nada algo más silencioso en la laguna Blanca, la bulla de los pequeños vuelve a tomar protagonismo e inhibe a cualquiera de pisar fuerte sobre el tablón, para no competir con los dueños de casa. Hasta que, una vez en confianza, es posible empezar a identificar a cada uno de los habitantes del huajozal por la forma de gritar.

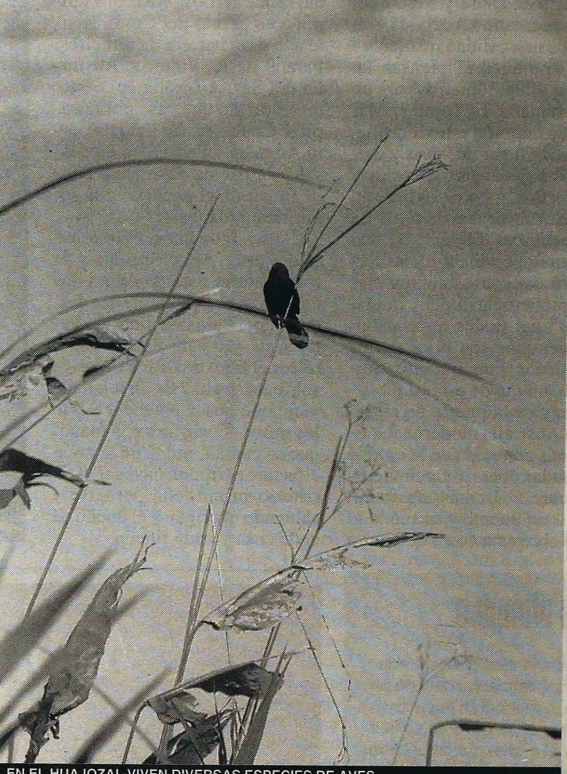
El huajó o pehuajó es esa hierba semiacuática que crece en las orillas inundadas de las lagunas y puede encontrarse también en el Litoral y en toda la Pampa Húmeda (de ahí el nombre de la localidad bonaerense de Pehuajó). El huajozal del Parque Nacional formoseño abraza todo el contorno de la laguna Blanca, el espejo de agua más grande de la reserva, invisible a los ojos del visitante hasta que se interna por las pasarelas de madera que se casi siempre se prolongan en unos muelles encantadores sobre el agua. La banda de huajó en torno a la laguna llega a tener unos cien metros de ancho, que no serían transitables –a causa del barro y el agua– de no ser por las pasarelas sobreelevadas.

En el huajozal del Parque Nacional Río Pilcomayo tienen su hábitat una variedad inmensa de aves, entre las que sobresalen el federal, el tuyuyú, la garza blanca, la espátula, el chajá, el churrinche, la lavanderita, el zorzal, el chingolo y el cardenal, gran cantidad de insectos y arácnidos, los carpinchos (los roedores más grandes del mundo, según afirman los biólogos), los ofidios, que afortunadamente hibernan, y dos especies de yacarés. Cada uno de estos animales es un sonido para reconocer durante la noche y una presencia nada esquiva durante el día, si se les tiene paciencia o se los soborna con migas de pan.

El Parque Nacional fue creado en 1951 a orillas del río que le da el nombre, en el noreste de la provincia de Formosa, para proteger este ecosistema que incluye, además de lagunas y esteros, un área de selva en galería junto al Pilcomayo, isletas de monte con lapachos, quebrachos y algarrobos, y sabana con palmas Caranday. En un principio, el Parque abarcaba 285.000 hectáreas. Pero los descuidos presupuestarios redujeron el área a 47.800 hectáreas donde hoy sobreviven varias especies en peligro de extinción.

En todo el Parque hay tres seccionales de guardaparques: Laguna Blanca, desde donde parten las pasarelas, es la más visitada por el turismo al contar con un área de acampe con quincho, mesas, parrillas y duchas; Estero Poí (donde sólo se puede acceder con vehículo propio), especial para aventureros y fanáticos de los pájaros; y la recientemente creada Ricardo Fonzo, sobre el río Pilcomayo, en la zona de selva en galería, donde sólo se puede llegar a caballo.

El huajó o pehuajó es esa hierba semiacuática que crece en las orillas inundadas de las lagunas y puede encontrarse también en el Litoral y en toda la Pampa Húmeda



EN EL HUAJOZAL VIVEN DIVERSAS ESPECIES DE AVES.

Que las víboras aletargan en invierno es apenas una de las ventajas de visitar el Parque en esa época del año. El calor agobiante del verano, la legión de mosquitos y las inundaciones estacionales por la creciente del Pilcomayo hacen improbable y nada recomendable planificar la visita en el período estival. Hasta el Area Recreativa de laguna Blanca no llegan nunca los elusivos yaguareté, aguará guazú (que en guaraní significa "zorro gigante"), tapir y ciervo de los pantanos, todos en peligro de extinción, ya que prefieren esconderse en áreas más impenetrables, junto al Río Pilcomayo.

En cambio, es probable escuchar primero y ver enseguida una tropa de monos carayá o aulladores (también en peligro de extinción), en la isleta de monte ubicada junto al área de acampe. Las tropas, de entre seis y doce monos y monas (ellos negros y ellas rubias), se delatan rugiendo como leones. Pero el mejor puesto de observación no estará debajo del grupo: los carayá ya se hicieron famosos en las crónicas de los conquistadores, quienes relataron que estos monos, al sentirse amenazados, reaccionan bombardeando a un tiempo al entrometido con todo lo que tienen en los intestinos y la vejiga. Pero si de ver se trata, el mangrullo, especialmente construido con troncos de palma, es el lugar ideal para otear el huajozal de arriba y la otra orilla de la laguna, que por lejana resulta tan delgada. Desde esa altura, la cita con los amaneceres y los crepúsculos del Parque se vuelve un ritual. Imposible resistir a la invitación a apostarse puntualmente en el mangrullo o en el muelle a esa hora en que el agua se vuelve una plancha de cobre nueva que sólo son capaces de repujar nadando un carpincho o un yacaré. Y volver al campamento más tarde, ya entrada la noche, sin linterna, con el oído atento para deshilachar el barullo.





MENDOZA, EN CUALQUIER EPOCA DEL AÑO

Al pie de Los Andes

La ciudad de Mendoza es –tal vez– la capital de provincia más bella de la Argentina. Sus calles arboladas y las acequias milenarias de este oasis son el testimonio de una larga lucha por el agua.

Por Mariano Blejman

El desafío es permanente. A través de los años los mendocinos conservaron con gran esfuerzo innumerables espacios verdes y arboledas, que contribuyen a la calidad de vida que se aprecia en la límpida ciudad.

La capital, fundada el 2 de marzo de 1561 por Don Pedro del Castillo, tiene sus calles bordeadas por árboles añosos, regados por un complejo sistema de acequias, que alcanzan unos 500 kilómetros de extensión lineal.

La mano del hombre convirtió una tierra reseca en un oasis, por medio de complejos sistemas de riego artificial, a través de diques, canales y acequias rurales y urbanas. Su capital está ubicada entre el pedemonte y la planicie, una exuberante transición urbana hacia la montaña, dedicada a una intensa actividad comercial, cultural, educativa, recreativa, residencial y turística.

En la tierra de Cuyum, Huarpes,

A escasos 10 kilómetros del centro se puede practicar bicicleta todo terreno, por los agrestes y desérticos caminos montañosos de la zona de San Isidro

Puelches, Pehuenches y otros grupos nativos que se mimetizaron, o fueron mimetizados a la fuerza por los españoles para dar paso a la radicación de una inmigración predominantemente Italo-española.

El urbanista Bollet le confirió uno de sus más preciados atributos: las plazas y avenidas, que suman la sombra de más de 50.000 árboles protegidos. Hoy, la complementan remozadas calles, paseos peatonales, pérgolas y fuentes. Forma el núcleo del conurbano del Gran Mendoza y es centro económico de la región de Cuyo. Más de 740.000 habitantes intentan convertirse en un ejemplo de ensamble entre urbanismo e historia.

Una historia en movimiento

Cuando llegaron los conquistadores españoles, el territorio mendocino –signado por temblores y terremotos– estaba ocupado por los indios Huarpes. Pacíficos, sedentarios y agricultores, habían tejido una red de canales de riego en el valle de Uco y en el de Huentota, que los españoles eligieron como su principal asentamiento en la región. En ese valle, Pedro del Castillo fundó la ciudad que bautizó como Mendoza en homenaje al gobernador de Chile, Don García Hurtado de Mendoza. A partir de entonces, y durante el siglo XVII, tuvieron gran influencia las labores evangelizadoras y culturales de los Jesuitas. En el siglo XIX, el Libertador General José de San Martín, no sólo dejó una huella profunda en su historia sino también su nombre en la calle más importante y más larga de la ciudad. Así como en el pasado Mendoza fue un centro neurálgico de salida hacia el Pacífico, en este fin de siglo la ciudad se perfila como la vía de salida del Mercosur hacia el mercado oriental.

En 1861, un intenso terremoto sacudió la ciudad. Más de la mitad de las construcciones quedaron completamente destruidas. Un tiempo después se decidió mover el centro de la misma unas cuadras hacia el oeste y se reconstruyó como un perfecto damero, es decir la ciudad dividida en cuadrículas con la Plaza Independencia como punto central. La plaza abarca cuatro manzanas en el centro de la ciudad y actualmente enlaza la peatonal Sarmiento con la Avenida Emilio Civit, hasta llegar al parque General San Martín. Posee un importante conjunto escultórico, una plaza de artesanos y sus principales árboles y plantas están identificados con los nombres comunes y científicos, constituyéndose en un jardín botánico en miniatura. A sólo una cuadra se halla el Casino. Hacia el oeste, parte de la plaza la Avenida Emilio Civit que lleva hasta el inmenso Parque General San Martín de 500 hectáreas. Pese a los terremotos, todavía quedan en pie algunas viejas ruinas en el sector recuperado del Area Fundacional, que resistió el último gran sismo en febrero de 1985.

Caminando en un bosque artificial

Dentro del Parque General San Martín, miles de especies autóctonas y exóticas bordean los caminos que llevan al lago artificial y al Cerro de la Gloria, quizás el más importante monumento a la gesta libertadora del General San Martín, obra del escultor Ferrari.

El apacible zoológico, la ciudad universitaria, el estadio mundialista de fútbol que en 1978 recibió como sede al seleccionado de Holanda, el novedoso Parque de la Ciencia y la Técnica, numerosas esculturas y un velódromo son algunos de los atractivos de este oasis.

La ciudad tiene 74 plazas, cada una con características propias. Canteros con flores y numerosas fuentes de agua albergan monumentos y esculturas. A escasos 10 kilómetros del centro se puede practicar bicicleta todo terreno, por los agrestes y desérticos caminos montañosos de la zona de San Isidro y volar en parapente desde el Cerro Arco en El Challao.

Además de las clásicas caminatas bajo las pérgolas de la Peatonal Sarmiento, se pueden realizar paseos en globo aerostático con la Asociación de Globonáutica, visitar el Mercado Artesanal Mendocino, el acuario municipal, el serpentario ubicado enfrente y la Sala de la Bandera, en la Casa de Gobierno, donde se encuentra la histórica bandera que llevó el Ejército de Los Andes en su campaña libertadora de Chile y Perú, al mando del general San Martín. Esta se exhibe en un cofre al vacío para evitar su destrucción por las condiciones ambientales. Aún conserva manchas de sangre de la lucha armada.

En el antiguo centro mendocino, ubicado a la vera del Cacique Guaymallén, ha sido reconstruida y restaurada la zona del Museo y Paseo del Area Fundacional, edificado en el lugar donde se fundó Mendoza. Las ruinas de San Francisco, han sido objeto de excavaciones que han permitido encontrar sustanciales aportes arqueológicos al estudio del pasado colonial.

GENTILEZA: ALEJANDRO GRINBERG



LA ENTRADA AL PARQUE GENERAL SAN MARTÍN

NOTICIERO

Un crucero de leyenda

La empresa de cruceros Royal Caribbean presentó su nueva propuesta: Royal Journeys, un recorrido desde Atenas hasta Auckland, Nueva Zelanda, a bordo del barco "Legend of the Seas". El crucero partirá de Atenas y pasará por puertos de Turquía, Israel, Egipto, Jordania para luego cruzar el Mar Rojo y, bordeando la península arábiga, atracará en Omán y Dubai. Después navegará por el Mar Arábigo hacia la India y seguirá rumbo al Lejano Oriente. Finalmente pondrá proa hacia Australia y Nueva Zelanda. En la presentación de este crucero participaron Luis Zirolli y Fernando Salgueiro, titulares de Organtur, la firma que representa a Royal Caribbean International en la Argentina.

Otoño en Bariloche

El Ente Mixto de Promoción Turística de Bariloche (Emprotur) puso en marcha una línea de telemarketing 0-800-2-Bariloche (227456), un servicio gratuito de consultas y reservas para quienes quieran acceder al paquete turístico que promueve Emprotur para pasar cuatro días y tres noches de alojamiento con desayuno (además del pasaje aéreo ida y vuelta y otros beneficios) por el precio de 299 pesos.

Alianzas turísticas

El viernes pasado, representantes del Grupo Barceló de España anunciaron los detalles de su asociación con La Red-Alianza de Expertos en Turismo, una sociedad anónima integrada por 30 agencias de viajes de todo el país.


EL CASTILLO SE ALARGA HASTA LA OTRA ORILLA DEL RÍO CHER CON UNA GALERÍA DE DOS PISOS SOBRE EL PUENTE.


JEAN-JACQUES ROUSSEAU Y EL "CONTRATO SOCIAL" EN UN NAIPE FRANCÉS.

FRANCIA: HISTORIA DE CHENONCEAU, EN EL VALLE DEL LOIRE

El Castillo de las Viudas

Por Matías Alinovi

Las intrigas cortesanas en torno de la propiedad del "chateau" de Chenonceau. Diana de Poitiers y la reina Catalina de Médici; Enrique de Navarra y Louise de Lorena, la esposa de Enrique III de Francia. En el castillo que habitaron seis reinas viudas, también pasó una temporada Jean-Jacques Rousseau quien trascendió las historias reales con la universalidad de su obra.

En cierto sentido la historia de Chenonceau, uno de los castillos construidos en el valle del río Loira, es un catálogo de procedimientos inescrupulosos. Las mujeres que vivieron en Chenonceau –el castillo fue habitado casi exclusivamente por mujeres viudas– lo hicieron bajo el peso del luto sincero o puramente formal, de la vejez o de la incertidumbre financiera, pero todas fueron acosadas por los que en cada momento pretendieron y lograron quedarse con la propiedad.

Intrigas cortesanas

En 1512 Thomas Bohier compró la tierra de Chenonceau a un hombre arruinado, ruina a la que por otra parte había contribuido el propio Bohier que era uno de sus acreedores. Bohier era intendente de finanzas de la Normandía y había acompañado a dos reyes de Francia en sus campañas a Italia como tesorero general de la guerra. De modo que fue la señora Bohier quien se encargó de dirigir la construcción del castillo que los dos habían proyectado.

Sin embargo, un año antes de que el castillo quedara terminado, en 1521, Bohier partió a Italia, con el propósito de encontrarse con la armada del rey, y allí murió, tres años después. La viuda, la primera que habitó el castillo, se mudó definitivamente a Chenonceau, aunque sobrevivió a su marido apenas dos años.

Marguerite Yourcenar, que ha dedicado un ensayo a examinar las personalidades de las cuatro o cinco mujeres célebres que fueron dueñas del castillo, al tratar sobre los Bohier cita a La Bruyère: "Es necesario pensar en la propia fortuna cuando se es treintañero, no se hace a los cincuenta años; si se construye en la vejez uno se muere entre pintores y albañiles".

Como Chenonceau –años después de la muerte de la señora Bohier– se convirtió en propiedad del Estado, el rey Enrique II decidió regalárselo a Diana de Poitiers, que en ese entonces tenía cuarenta y ocho años, veinte más que Enrique. Pero a Diana, que ha pasado a la historia como una mujer avara y astuta, no le bastó con que Enrique le regalara el castillo. El procedimiento era en definitiva ilegal: el rey le regalaba una propiedad que no era suya sino del Estado, y ella sabía que de esta manera sería dueña de Chenonceau sólo mientras no le faltara el apoyo de Enrique. Es así que comenzó una farsa judicial, la primera de cuyas instancias fue devolver la propiedad a su último dueño –el hijo de los Bohier– para que Diana pudiera comprarla después a bajo precio con el dinero que Enrique le suministraría. La adquisición, sin embargo, se demoró más de lo que el rey y su amante habían pensado, porque Bohier hijo se fugó a Venecia con el título de propiedad del castillo y Diana tuvo que esperar siete años para convertirse en la dueña legal de Chenonceau.

Cuando murió Enrique II, su esposa, Catalina de Médici, reina de Francia, intimó a la favorita para que devolviera el castillo de Chenonceau y las joyas de la corona, que el magnánimo de Enrique le había regalado. Diana devolvió las joyas pero no el castillo, argumentando que ella lo había comprado a un particular y que por lo tanto le pertenecía legalmente. Catalina se empecinó entonces en que Diana perdiera Chenonceau, e hizo decidir al Parlamento que la amante real restituyera la suma que había recibido del rey. Las dos mujeres negociaron, y Catalina se quedó con Chenonceau a cambio de ceder a Diana la propiedad de Chaumont.

Catalina fue la primera de las seis reinas que en distintos reinados y circunstancias durmieron en Chenonceau. El paso del tiempo no mitigó las intrigas cortesanas en torno de la posesión del castillo. Con el mismo encarnizamiento de Diana de Poitiers, Enrique de Navarra y Gabrielle d'Estress disputaron la propiedad de Chenonceau a Louise de Lorena, la patética viuda de Enrique III, que vivió un luto angustiado en el castillo: tapizó de negro las paredes de su habitación e hizo pintar lágrimas y calaveras por todos lados.

> ***Cuando se instaló en Chenonceau, Rousseau tenía treinta y cinco años y era el secretario de Madame Dupin, cuyo esposo había comprado el castillo poco tiempo antes.***

El Oso de Ginebra

"En 1747 pasamos el otoño en la Turena, en el castillo de Chenonceau, residencia real a orillas del Cher, y ahora propiedad del señor Dupin, tesorero general. Me divertí mucho en aquel lugar; se comía por demás bien: engordé como un monje. Se hizo mucha música. Compuse varios tercetos vocales, ricos de una notable armonía... Se representaron obras teatrales. En quince días, yo escribí una comedia en tres actos titulada *L'Engagement téméraire*. Compuse algunas otras obritas, entre ellas un trabajo en verso titulado *L'Allée de Sylvie*, por el nombre de un sendero del parque que flanqueaba el Cher; y todo esto lo hice sin interrumpir mi trabajo sobre la química ni tampoco el que realizaba junto a la señora Dupin."


CATALINA, HIJA DE LORENZO DE MÉDICI Y REINA DE FRANCIA.

Cuando se instaló en Chenonceau, Jean-Jacques Rousseau tenía treinta y cinco años y era el secretario de Madame Dupin, cuyo esposo había comprado el castillo poco tiempo antes. Después de esa estadía en el castillo, cuatro o cinco semanas verdaderamente placenteras, el secretario de la señora y los Dupin comenzaron a distanciarse; un poco porque el secretario se fue sumergiendo en su obra, un poco porque se irá convirtiendo en un paseante solitario; durante los últimos y atormentados años de su vida, anotará que se siente invulnerable porque sus enemigos no pueden proporcionarle más sufrimientos, ya que le han infligido todos los posibles.

Treinta años después de aquel otoño pasado en la Turena, la señora Dupin vivía todavía en Chenonceau y entonces, cuando alguien se lo solicitaba, mostraba la habitación del que había sido su secretario, y que ella seguía llamando el Oso de Ginebra.